sia, que queda envilecida y deshonrada á los ojos de los herejes por la conducta escandalosa de muchos católicos. Y así como el Señor amó á su Iglesia mas que á su carne, supuesto que entregó su carne á los golpes y á los oprobios por la salvacion de su Iglesia, *Dilexit Ecclesiam, et tradidit semetipsum pro ea* (Ephes. 5); así las heridas, y las ignominias que sufre en su cuerpo místico le causan mas dolor que las que recibió en su cuerpo real; así es que habiendo sufrido estas con una paciencia inalterable, tomará un dia de aquellas una venganza terrible.

Cesemos pues, amados hermanos, de tratar como á un dios de madera, como á un rey de burlas, al Dios de majestad y de gloria, al rey inmortal de los siglos. No seamos tan temerarios ni tan insensatos que provoquemos contra nosotros la indignacion y la justicia de un soberano cuyo poder no se limita á la vida ni al tiempo, sino que se estiende mas allá de la muerte y por toda la eternidad.

Despojémonos de nuestros malos hábitos de sacrilegio y de insulto á la majestad de Dios. Unámonos á las verdaderas hijas de Sion, á las almas religiosas y fieles: *Egredimini, filiæ Sion.* Y en el Dios que adoramos en la Eucaristía, contemplemos con frecuencia al Dios coronado de espinas por los Judíos y lleno de oprobios por nuestro amor: *Et videte regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum mater sua.* Meditémosle en este estado con una fe viva, adorémosle con una piedad sincera, honrémosle con una humildad profunda, alabémosle con una devocion afectuosa y amémosle con el amor mas ferviente. Convirtámonos sinceramente á él, á fin de que, uniéndonos á él por su gracia, el dia de nuestra conversion sea verdaderamente el dia de las delicias de su corazon, supuesto que será tambien el de nuestros desposorios espirituales con él y el de nuestra salvacion eterna: *In die desponsationis illius, in die lætitiæ cordis ejus.* Así sea.

CONFERENCIA VIGÉSIMA SEGUNDA.

Las Insignias de la dignidad real de Jesucristo.

Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terræ: cujus vultum desiderat universa terra.

El rey pacífico excedió á todos los reyes del mundo en opulencia y en sabiduría; y toda la tierra desea ver su rostro.

(In Vesp. Nativ. ex III. Reg. 10.)

El reino de Jesucristo no es político, sino religioso; no es terreno sino celestial; no es humano sino divino; no es temporal, sino eterno. El reino de Jesucristo es su Fe, su Iglesia, su Religion. Engañarse, como los Judíos, acerca del carácter y la naturaleza de su reino, es lo mismo que engañarse acerca de la verdadera Religion, acerca de la verdadera Iglesia; es perder la verdadera Fe; es perder el verdadero camino de la salvacion eterna.

Pues bien, como era de la mayor importancia para nosotros que el Salvador del mundo nos diese una idea clara y precisa de su reino en la tierra, lo hizo no solo con sus palabras sino tambien con sus obras. Porque no contento con haber declarado solemnemente que su reino espiritual, establecido en el mundo, se diferencia de los otros reinos en sus principios, en sus medios, en su fin y en sus recompensas, *Regnum meum non est de hoc mundo*, consistió tambien en tener, como lo vimos ayer, espinas por corona, un andrajo de púrpura por manto real, una vil caña por cetro y las burlas por homenaje; de este modo nos hizo conocer de una manera sensible, nos hizo vér con nuestros propios ojos el verdadero carácter de su dignidad real. Él despleguó en una palabra toda la magnificencia de su reino, tanto mas pacífico, dulce, humilde, pobre y miserable en apariencia, cuanto en realidad excede al de los reyes de la tierra; y cuando fué atormentado y escarnecido por los Judíos de la manera mas ignominiosa y mas cruel, se mostró un monarca brillante y magnífico, objeto de los deseos y de las esperanzas del universo:

Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terræ; cujus vultum desiderat universa terra.

Bajo este punto de vista nuevo é importante debemos considerar hoy el inefable misterio de la coronacion de espinas de nuestro Salvador, misterio de magnificencia y de gloria para él, misterio de expiacion y de salvacion para nosotros.

Nosotros veremos en él como en tanto que los satélites de la injusticia y de la tiranía insultan, profanan y ponen en ridículo la la dignidad real de Jesucristo, no hacen otra cosa que establecerla, consignarla y dárnosla á conocer en toda su grandeza y su magnificencia: *Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terræ.*

Esta consideracion tendrá por objeto decidirnos á tributar el homenaje de nuestra fidelidad y de nuestro amor al piadoso monarca que arrebata todos los corazones: *Cujus vultum desiderat universa terra.*

PRIMERA PARTE.

Si la horrible aglomeracion de tormentos y de ultrajes que Jesus sufrió en su coronacion de espinas hubiera recaido sobre el mas inicuo y el mas vil de los hombres, no podria sin embargo leerse el relato de que ellos hacen los Evangelistas sin estremecerse de horror y sin moverse á compasion. ¿Qué será pues si se reflexiona que el que fué tratado de ese modo tan bárbaro era el inocente y adorable Hijo de Dios? Es seguramente un gran espectáculo el de ver al Hijo de Dios, objeto de las complacencias eternas de su Padre celestial, de las adoraciones de los ángeles y de las esperanzas del universo, sentado ahora sobre una innoble piedra, todo cubierto de heridas y vertiendo sangre. ¡Contemplad le! Su frente está ceñida con una horrorosa guirnalda de espinas agudas que traspasan por todas partes su cabeza; un andrajo insultante de vieja púrpura cubre apénas sus espaldas; una caña ignominiosa, símbolo de la flaqueza, deshonra sus manos; se halla rodeado de una turba de soldados y de arqueros que, con todo el furor que les inspira su ferocidad infernal, le dan los mas terribles golpes; clavan cada vez mas las espinas en su cabeza, hieren sus mejillas adorables con crueles bofetadas, manchan su rostro con salivas, y se acercan despues unos tras otros á ofrecerle de rodillas el tributo de sus adoraciones burlescas; despues, con mil impuros sarcasmos, se mofan de él saludándole como rey. ¡O envilecimiento, ¡o degradacion de la majestad de Dios! ¡Ah! es demasiado cierto, dice el Antioqueno, que las iniquidades

que cometieron contra el Hombre-Dios en estas circunstancias llegaron á su colmo; que él sufrió las ignominias mas atroces que pueden imaginarse, que bebió hasta la última gota del terrible cáliz del ultraje y del desprecio, mil veces mas amargo que él cáliz del dolor (1). Entonces se cumplió á la letra el oráculo del Rey Profeta: Que el Mesías seria cubierto de oprobios; que seria tratado como la afrenta de la humanidad, como el deshecho del mundo, que le abrumarian con ultrajes y con insultos tales como jamás se hicieron á ningun hombre, ni aun á ningun gusano de la tierra (2).

Mas no nos detengamos en las apariencias; no miremos con los ojos carnales de los Judíos las atroces ignominias del Salvador del mundo: considerémoslas con los ojos del espíritu, y lejos de escandalizarnos, sentiremos crecer y fortificarse nuestra fe á vista de este espectáculo. En efecto observemos en primer lugar, dice S. Leon, que ni la crueldad de los hombres, ni el furor de los demonios hubieran podido cometer esos atentados contra la augusta persona de Hijo de Dios, si él no lo hubiera permitido; y que si Jesucristo sufrió tan horroroso cúmulo de ignominias y de dolores fué porque espresamente lo quiso así (3). Observemos tambien, añade S. Geronimo, que del mismo modo que Caifás, aunque pontífice impío, profetizó la muerte de Jesus sin saber lo que decia, así tambien los soldados del pretorio le llenan ahora de oprobios y dolores sin saber lo que hacen, y mientras que ellos creen saciar su sacrílego furor, ejecutan ciegamente los designios admirables de Dios, y nos preparan á nosotros los cristianos el cumplimiento de los mas consoladores misterios (4); porque esas horribles invenciones de crueldad sirven, contra la voluntad de los que la practican, para darnos una verdadera idea de la naturaleza del reino de Jesucristo, cuya gloria eclipsa á la de todos los demás reinos. Esos actos ejecutados para poner en ridículo su dignidad real son por el contrario los signos mas espresivos, las pruebas mas ciertas, los atributos mas fieles de ella; de modo

(1) Quæ Christo per summam contumeliam illata sunt, ad summum contumeliarum omnium fastigium pervenerunt. (*In Merc.*)

(2) Ego autem sum vermis et non homo: opprobrium hominum et abjectio plebis (*Ps.* 21.)

(3) Quidquid Domino illusionis et contumeliæ, quidquid vexationis et pœnæ intulit furor impiorum, totum est de voluntate susceptum. (*Serm. III de Pass.*)

(4) Quomodo Caiphas dixit: Oportet, nesciens quid diceret; sic isti quæcumque fecerunt, licet alia mente fecerint, nobis tamen, qui credimus, sacramenta præbuerunt. (*In Matth.*)

que cuanto mas ridiculizada y menospreciada es esta dignidad divina, tanto mas se descubre á los ojos de la verdadera fe en toda su magnificencia y en todo su espendor: *Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terræ.*

En efecto, Jesucristo es rey; mas un rey que no promete á sus súbditos durante esta vida otras recompensas de su felicidad y de su amor que ignominias, persecuciones, sufrimientos y cruces. Él es rey; pero no concede el honor de su presencia ni el favor de su amistad sino á los que renuncian á sí mismos y estan prontos á sufrir por su amor todos los dolores, todas las injurias y todos los martirios. Él es rey; pero lo es con especialidad de las almas afligidas por la tribulacion. Él es rey; pero lo es de aquellos que caminan por la senda estrecha de la salvacion, donde no se encuentra otra cosa que los vestigios de su sangre, la esterilidad de las lágrimas, los abrojos de la mortificacion y las espinas de la penitencia. Por consiguiente, siendo necesario colocar en la cabeza de este rey una corona que indicase á primera vista el carácter de una soberanía tan nueva y tan diferente de la de otros monarcas, ¿qué corona podia imaginarse que fuese mas conveniente, mas adecuada y mas espresiva que una diadema de espinas? Una corona de oro le hubiera asemejado á un rey de la tierra; una corona de flores le hubiera hecho parecer un rey voluptuoso; una corona de laurel le hubiera representado como un rey conquistador que hubiera sometido los pueblos por las armas. Todas estas coronas mas honoríficas en apariencia le hubieran deshonrado en realidad; ellas hubieran hecho de él un rey hombre, un rey de este mundo. La corona de espinas por el contrario le proclama un rey de dolores, que sin embargo encuentra súbditos que le adoren, le sirvan y le amen y se crean dichosos en sufrir con él y morír por él. Así pues, mientras que esta corona le degrada y le envilece al parecer, no obstante, al indicar el verdadero carácter de su dignidad real, le honra, le ensalza y le hace parecer lo que es en realidad, es decir un rey nuevo, un rey singular, un rey superior á los demás, un rey del cielo, un Rey-Dios: *Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terræ.*

Ved aquí por que hablaron los profetas con tanta complacencia y tanto honor de la diadema con que vieron en espíritu coronado á Jesus. Esta es una corona de espinas, y ellos la llamaron una corona formada de piedras preciosas (1); esta es una corona horrible é

(1) Posuisti, Domine, super caput ejus coronam de lapide pretioso. (*Ps.* 20.)

informe, y ellos la presentan como corona de una hermosura divina, que forma la joya mas preciosa del reino del que la lleva (1); esta es una corona que parece un emblema de demencia y un instrumento de dolor, y ellos la llaman la corona de la sabiduría de Dios y del verdadero gozo de su corazon (2); esta es finalmente una corona vil, humillante y despreciable, y ellos la llaman del oro mas brillante, adornada de perlas, y que lleva las señales de la santidad, de la fuerza, del poder, de la grandeza y de la gloria de Dios (3).

En segundo lugar, Jesucristo vino á fundar su reino, no por la fuerza de las armas, sino por los atractivos de su gracia: no esparciendo el terror, sino trayendo la paz; no halagando los sentidos, sino arrebatando los corazones; no empleando la violencia, sino prescribiendo el amor. Jesucristo vino á someter los sabios por la locura, los robustos por la enfermedad, los fuertes por la flaqueza, todo cuanto el mundo tiene de mas grande, de mas majestuoso, y de mas poderoso, por lo que hay en él de mas frágil, de mas vil, de mas despreciable y de mas nulo á los ojos del mundo; en una palabra, él vino á vencer á sus enemigos, muriendo por ellos (4). Pues bien, ¿qué otra cosa mejor que una caña, el mas vano, el mas flexible y el mas frágil de todos sus vegetales, podia figurar la debilidad aparente de su poder, la nulidad visible de su imperio, el carácter especial de su reino, en el que el rey se basta á sí mismo, y que se estiende y triunfa de todo por los medios mismos que debieran al parecer destruirlo?

Los Judíos, de espíritu grosero y de corazon carnal, instruidos por los profetas de que el Mesías debia ser rey, y un rey grande, creyeron que este rey, prometido tantos siglos antes, debia, como los otros soberanos de la tierra, imponer tributos, amontonar riquezas, levantar ejércitos, alcanzar victorias, destruir ciudades, conquistar imperios, subyugar naciones, hacer temblar la tierra y estender su poder político por todo el mundo. Y como habian notado que Jesucristo no hacia nada de esto, sino que por el contrario le veian humilde, pobre, manso, pacífico, mortificado y penitente; lejos de reconocerle por Mesías y Salvador, le negaron y le crucifi-

(1) Accipiet regnum decoris, et diadema speciei. (*Sap.* 5.)

(2) Corona sapientiæ, et exultationis coronavit illum. (*Ex Brev.*)

(3) Corona aurea super mitram ejus, expressa signo sanctitatis, et gloria honoris, et opus virtutis. (*Eccli.* 45.)

(4) Infirma mundi eligit Deus, ut confundat fortia, et contemptibilia mundi, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt destrueret. (*I. Cor. I.*)

caron como á un vil esclavo. Es decir, que aquellos insensatos le despreciaron por la misma razon que tenian para reconocerle y hacerle el objeto de sus adoraciones. Perdonad, Señor; si hubierais venido al mundo como los Judíos carnales os aguardaban y os aguardan todavía, rodeado de pompa, de esplendor, de riqueza y de todo el prestigio del poder real, nosotros, cediendo á la fuerza material, os hubiéramos temido como á nuestro conquistador, pero no os hubiéramos amado como á nuestro Salvador. Vos hubierais sacado de nosotros contribuciones de dinero, pero no hubierais obtenido el homenaje de nuestro corazon. Nosotros os hubiéramos obedecido como á un rey, pero no os hubiéramos adorado como á un Dios. Por el contrario, al veros desnudo y abatido, sin fuerza ni defensa, sin otras armas ni otro cetro que una caña ignominiosa, símbolo de la cruz; al ver que convertís, cuando os agrada, esa caña en cetro de hierro, y los cetros de hierro de los reyes de la tierra en frágiles cañas, que reducís á polvo los tronos mas poderosos como si fueran vasos de barro, y que derrotais á los monarcas mas formidables que osan insultar la humildad, la flaqueza, la mansedumbre y la paciencia de vuestra Iglesia (1); entonces concebimos la mas alta idea, la admiracion mas grande y el respeto mas profundo acerca de vuestra persona y de vuestro poder. Porque así como el número de los soldados y la fuerza de los escudos de bronce que vomitan la muerte, son una prueba de la debilidad de los reyes de la tierra, supuesto que necesitan todos esos medios para contener á sus súbditos y triunfar de sus enemigos, del mismo modo la caña, con que vos mudais la faz del universo, nos prueba que cuanto menos necesitais del brazo de otro, tanto mas poderoso sois por vos mismo, y cuanto menos teneis del poder de los otros reyes, tanto mas superior sois á ellos; finalmente que ellos son hombres, y vos sois Dios: *Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terræ.*

En tercer lugar, la púrpura fué siempre y en todas partes el distintivo de los reyes. Por consiguiente si hubieran puesto sobre las espaldas de Jesucristo una púrpura nueva, brillante por la viveza de su color, y espléndida por la riqueza de sus adornos, esta púrpura, dice S. Gerónimo, á pesar de que le hubiera honrado y distinguido en apariencia, le hubiera sin embargo presentado al mundo como un rey semejante á los demás reyes, cuya púrpura está enrojecida muchas veces con una sangre derramada con injusticia y con furor,

(1) Reges eos in virga ferrea, et tanquam vas figuli confringes eos. (*Ps.* 2.)

y esto los hace formidables. Mas cuando se le cubre de un giron de púrpura desechada como inútil por los reyes de la tierra, enrojecida solamente con la sangre de sus heridas, este andrajo tan despreciable y tan vil nos anuncia claramente que Jesucristo es el verdadero y el único rey, ungido y consagrado con su propia sangre, y que derramando su sangre preciosa y dejando desgarrar su carne inocente, es como debia fundar y estender su reino. Este harapo nos anuncia un rey único, que debia ir seguido de una multitud inmensa de mártires generosos, los cuales triunfarian con él, no dando la muerte á sus semejantes, sino sacrificando su propia vida; y ved aquí por que este es el verdadero manto real, el único que conviene á su dignidad soberana, el que le honra y le distingue entre todos los reyes, sin embargo de degradarle al parecer; el único que le coloca sobre todos los monarcas, manifestándonos claramente la estension de su poder, la magnificencia y la ternura de su caridad: *Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terræ.*

Notad tambien que en el momento mismo en que él se adorna con esta vestidura de ignominia, figura el misterio de su reino. En efecto, el Evangelista observa que los soldados, ántes de cubrirle con este estraño vestido, le despojaron de sus propias vestiduras. Las vestiduras que tenia Jesucristo, dice San Gerónimo, eran el emblema de la nacion judía en cuyo seno habia nacido; mas la púrpura que los soldados romanos echaron sobre sus espaldas fué el símbolo de la Iglesia de los Gentiles, recogida, como el múrice de donde toma su color de púrpura, en medio de los mares y de los escollos. Así pues Jesucristo que permite se le despoje de sus vestiduras tejidas por manos de sus padres los Judíos, y que se deja cubrir con la púrpura por manos de los Gentiles, representa el Salvador que se despoja en este mismo instante de la sinagoga y se viste de la Iglesia, desechando á los Judíos y adoptando á los Gentiles. ¡O grande y delicioso misterio! ¡quién hubiera creido jamás que este nuevo motivo de vergüenza para él fuese un secreto de su misericordia para con nosotros! Sí, continúa S. Gerónimo, así como con la caña que tiene en su mano firma la condenacion de los Judíos, así tambien, al despojarse de sus vestiduras ejecuta esta sentencia, pues que repudia á los Judíos y adopta en su lugar á los Gentiles, cuyas obras de sangre estaban figuradas de una manera tan perfecta en la púrpura con que él se cubre (1).

(1) In clamyde coccinea opera gentium cruenta sustentat! (*In Matth.*)

Raab, esta mujer idólatra que vió la luz en medio de los Gentiles, tuvo la dicha, dice Orígenes, de ser la única que se libró de la ruina de su patria por haber dado asilo en la ciudad de Jericó á dos enviados de Israel encargados de esplorar la tierra prometida, y ella debió su salvacion á una tira de púrpura que, atada á su ventana, indicaba su habitacion, y de este modo la hizo respetar por el pueblo vencedor. Pues bien, Raab, en estas circunstancias fué una figura profética del misterio de que tratamos. En efecto Raab representó entonces la Iglesia de los Gentiles; ella figuró la Iglesia de Roma cristiana, que se salvó de la destruccion de Roma pagana por haber acogido á S. Pedro y S. Pablo, y haberse puesto bajo la proteccion de estos dos ilustres enviados, esploradores fieles de la verdadera tierra prometida que es el cielo, enarbolando la bandera roja, es decir la fe en la pasion y muerte de Jesucristo, y colocando su esperanza en el mérito y en el fruto de sus ignominias y de sus penas (1).

Mas al encargarse Jesus de esta Iglesia de los Gentiles, la adoptó para siempre, porque él habia prometido al mundo por boca de David que conservaria perpétuamente en su memoria y mas aun en su corazon la antigua Raab de los Gentiles, hecha cristiana, la antigua Babilonia corrompida, hecha santa, y que la haria la señora de todos los que quisieran conocer su nombre (2); de modo que todos aquellos que eran estraños al reino de Dios, aunque fuesen mas bárbaros que los Tirios, y mas cargados de crímenes que los Etíopes, se encontrarian un dia reunidos y salvos en el seno de la ciudad célebre, que se salvaria por la pasion del Señor (3). ¡O Roma! ¡o ciudad afortunada! ¡cuán dichosa eres en haber sabido conservar hasta hoy esos privilegios de misericordia, y en haber vestido á Jesucristo, con los millares de ciudadanos que has ofrecido al martirio por la fe, de una púrpura preciosa, digna de veneracion y de amor, y muy diferente de la púrpura irrisoria con que el insulto y el odio le cubrieron en su pasion! En efecto, los triunfos de los santos mártires son, dice S. Gerónimo, como una púrpura espléndida de que se viste Jesucristo, y como un trofeo de que se gloria (*In Matth.*). ¡O dichosa Roma, que has conservado respecto á lo

(1) Illa autem coccinea clamys mysterium erat quod scriptum est in Josue, quod ad salutem habuit illa Raab. Ergo suscipiens Dominus coccineam clamydem in se sanguinem mundi suscepit. (*Tract.* 35. *in Matth.*)

(2) Memor ero Raab et Babylonis scientium me.

(3) Ecce alienigenæ, et Tyrus, et populus Æthiopum hi fuerunt illic. (*Ps.* 86.)

pesado esta gloria intacta! ¡pero mas dichosa aun si por tu fidelidad la conservas tambien en lo futuro!

Finalmente, el reino de Jesucristo se distingue por el menosprecio de los bienes del muudo; su imperio es el de la humildad, de la dulzura, de la paciencia y del perdon en presencia de los insultos, de las injusticias, de las blasfemias y de las persecuciones del mundo. Y ¿por qué otro medio podia nuestro Rey y Señor hacernos comprender mejor el espíritu de esta legislacion sublime que recibiendo bofetadas y salivas por tributos; adoraciones burlescas, imprecaciones, sarcasmos y blasfemias por homenaje, y sufriendo todas estas pruebas con una mansedumbre inalterable y una paciencia divina?

Por consiguiente, solo con verle así degradado y despreciado sabemos al momento quien es, y lo que ha venido á hacer y enseñar en el mundo; nosotros conocemos que es soberano de un reino que no pertenece á este mundo; nosotros conocemos al momento las condiciones con que podemos ser admitidos en este reino misterioso y divino, las leyes que es necesario observar en él, las obligaciones que es necesario cumplir, las virtudes que es necesario practicar, y las recompensas que deben esperarse. El espectáculo de Jesucristo, reducido á este miserable estado de humillacion y de dolor, nos predica su Evangelio, y este ejemplo nos instruye tan eficazmente como sus palabras.

Ved aquí pues la dignidad real de Jesucristo anunciada y probada de una manera auténtica por los medios mismos con que pretendieron ponerla en ridículo. Ved aquí á sus enemigos, dice S. Ambrosio, que se encargan de darnos una verdadera idea de la naturaleza de su reino, y que, en el tiempo mismo en que no creen en él, le confiesan por medio de las ignominias con que le abruman, le honran cuando le desprecian, y en el momento mismo en que le humillan, contribuyen á exaltarle, revistiéndole con las insignias que obligarán un dia á los pueblos á obedecerle como rey, á coronarle como vencedor, á respetarle como Señor, y á adorarle como verdadero Dios (1).

¡Acontecimiento nuevo y estraordinario! Si todos los sabios y todos los filósofos del mundo, reunidos en congreso despues de haber conocido el espíritu de la religion de Jesucristo, hubiesen tratado de determinar las insignias con que convendria anunciar su sobera-

(1) Et si corde non credunt, Christo tamen suus non defuit honor; salutatur ut rex, coronatur ut victor, adoratur ut Deus. (*In Luc.*)

nía, no hubieran podido seguramente encontrar otras mas perfectas ni mas espresivas que las que le confirieron sus mismos verdugos. Porque las invenciones de su ciego furor tienen el sello de una Providencia superior y secreta que preside á sus consejos crueles para hacerlos servir á sus misericordiosos designios. Ellas nos demuestran que en todo cuanto ellos hacen, obedecen ciegamente á una inspiracion divina, que no comprenden, y que concurren sin saberlo, dice S. Agustin, á hacernos ver en Jesucristo un rey que reina por su propia flaqueza, que se hace adorar en sus oprobios mismos, y cuyo imperio, que no es de este mundo, triunfará desde luego del orgullo del mundo, no por la fuerza de las armas, sino por la paciencia y la humildad de los sufrimientos (*Tract.* 116, *in Joan.*).

¿Y qué importa á la verdadera fe que este rostro divino se muestre acardenalado por las bofetadas, manchado con las salivas, disfigurado por las heridas, y todo cubierto de sangre? Esta es precisamente la causa por que este rostro sagrado es el objeto de los deseos y del amor de toda la tierra. La deformidad de aquel á quien los profetas habian llamado el mas hermoso de los hijos de los hombres, y que al presente ni aun siquiera tiene la figura humana, manifiesta, observa S. Agustin, cuán horrible era nuestra fealdad ántes de que la gracia, descendiendo de sus labios, viniese á hermosearnos. ¡Ah! la Iglesia de los Gentiles, la esposa cuya alianza habia él venido á buscar, era tan disforme que no inspiraba á Dios mas que repugnancia y horror. ¿Qué hizo pues este divino amante? Él consintió en ser desfigurado de tal manera que pudiese merecer una esposa tan horrible, para aplicarle despues el mérito y la gracia de su hermosura divina (*In. Ps.* 103).

Mas en tanto que la esposa, ó la gentilidad, rica de atractivos esteriores y de gracias corporales, tiene interiormente una fealdad repugnante, la deformidad del esposo celestial es por el contrario solo esterior y aparente, y sirve de velo á la hermosura interior de su alma, de la que ella es una prueba, por que es el efecto de una ternura indecible, de una dulzura divina y de una caridad infinita. Ved aquí por que, añade S. Agustin, en el estado deplorable en que los verdugos habian puesto á Jesucristo, les pareció despreciable, odioso y disforme, porque ellos no tenian ojos para ver, ni corazon para sentir los encantos inestimables de su belleza divina. (*In. Ps.* 127.) Pero vosotras, almas verdaderamente cristianas, vosotras, esposas fieles del Cordero sin mancha, vosotras ilustradas con

su luz y penetradas del fuego sagrado de su amor que os hace conocer la hermosura de su corazon, vosotras no debeis dejar de contemplar á Jesucristo coronado de espinas, ultrajado por las bofetadas, deshonrado por las salivas, y todo vertiendo sangre; y en las facciones alteradas de su rostro adorable, en esos contornos delicados tan cruelmente deteriorados, en el estado miserable de su persona, que sirve de pretesto al orgullo para despreciarla, y á la incredulidad para ponerla en ridículo; debeis vosotras descubrir una belleza divina que os encante y os inflame de amor por él (1). Por que este misterio de ignominia y de dolor en el que él sacrifica su dignidad sujetándola á lo que hay mas indigno de la majestad de Dios, es el mas propio para manifestarnos el amor de Jesucristo para con nosotros, su deseo de cautivar nuestra confianza, y el precio con que compra nuestras desventuradas almas.

No dejemos pues de apreciar el beneficio de este gran misterio en la admiracion de un espíritu ilustrado por la fe, y de pesarlo en la balanza de un corazon agradecido; y nosotros nos convenceremos de que por lo mismo que Jesucristo parecia tan despreciable á los ojos carnales, á los ojos de la fe tiene una belleza divina, digna de todo nuestro amor: *Cujus vultum desiderat universa terra!*

SEGUNDA PARTE.

Al darnos á conocer Jesucristo que es verdaderamente rey, ha querido indicarnos tambien la clase de súbditos que deben ser los cristianos, y por lo que ha sufrido por nosotros, nos ha mostrado lo que nosotros debemos hacer por él.

Su corona es de agudas espinas; y en vista de esto, ¡qué monstruosidad, qué vergüenza, dice S. Bernardo, que los miembros de una cabeza que sufre, que los súbditos de un rey coronado de espinas sean flojos, afeminados y voluptuosos (2)! Es necesario pues que depongamos á los pies de nuestro amado monarca la corona de rosas profanas, tejida por los pensamientos lascivos, por los deseos ambiciosos, con la que los partidarios del mundo, los súbditos de Sa-

(1) Illud ipsum, quod derident superbi, inspicite quam pulcrum sit. (*De S. Virginitat.* 54.)

(2) Pudeat, sub spinoso capite, membrum esse delicatum. (*Serm. in Fest. Omn. Sanct.*)

tanás están tan dispuestos á adornarse en los dias fugitivos de esta vida mortal; es necesario que nosotros dejemos de decir con esos insensatos de quienes habla la Sabiduría: ¡Coronémonos con las rosas de los placeres; apresurémonos á entregarnos hoy á los goces sensuales; porque la muerte vendrá á herirnos mañana (1). Arrojemos lejos de nosotros la corona de corrupcion y de orgullo que Dios ha maldecido por boca de Isaías, cuyas flores muy pronto marchitas ocultan venenosos insectos, y cuya gloria efímerar se convertirá un dia en una ignominia eterna (2). Apresurémonos por el contrario, dice Teofilacto, á colorar en nuestra cabeza la guirnalda dolorosa de nuestro Rey y Salvador, procurando coronarnos de las espinas de una vida austera, mortificada y pura (3).

Ciñamos nuestra frente, santificada por el bautismo y adornada por la confirmacion, con las espinas de santos pensamientos, meditando frecuentemente sobre los horrores de la muerte del pecador, la severidad de los divinos juicios, el rigor de las venganzas de Dios, la eternidad de las penas y las penas de la eternidad. Sí, estos pensamientos son dolorosos y amargos; estos pensamientos son espinas, pero espinas que curan el espíritu mortificando la carne; espinas que nos proporcionan la paz del corazon, conduciéndonos á la santa tristeza de penitencia; espinas, que al mismo tiempo que reprimen las pasiones, hacen germinar en nosotros los lirios de la santa pureza y los frutos de todas las virtudes que son la santificacion de Dios. *Super ipsum autem efflorevit sanctificatio mea* (*Ps.* 134.).

En segundo lugar, Jesucristo está desnudo: todo su vestido consiste en un andrajo de púrpura que cubre apénas sus espaldas. Por consiguiente es muy poco decoroso que los súbditos de un rey tan pobre procuren con tanto ardor brillar por el lujo y la pompa de sus vestidos, que pueden muy bien distinguirnos á los ojos del mundo, pero que nos hacen mas pequeños y despreciables á los ojos de los ángeles, é indignos de figurar en la comitiva y en la córte de de Jesucristo. Procuremos siempre en nuestros vestidos la propiedad y la decencia; pero jamás el lujo, el brillo ni la indecencia. Procuremos vestir nuestro cuerpo con la sencillez y la modestia cristiana, y con la púrpura del santo pudor que nos hace agradables

(1) Coronemus nos rosis antequam marescant. (*Sap.* 1.)

(2) Væ coronæ superbiæ ebriis Ephraim, et flori decidenti gloriæ exultationis ejus. (*Is.* 28.)

(3) Sumamus et coronam spineam; id est, festinemus coronari vita arcta abstimentiis et puritate. (*In Marc.*)

á los ojos de Dios, y que es un adorno tanto mas precioso, cuanto mas rara es hoy esta virtud y mas depreciada de los hombres.

En tercer lugar, en las manos de Jesus ponen á manera de cetro una frágil caña, emblema de la locura y de la flaqueza, y sin embargo él no la rechaza, él no la arroja lejos de sí, sino que la estrecha entre sus manos como un cetro de gloria. Así pues, nosotros que somos sus súbditos, no debemos ruborizarnos de presentarnos ante el mundo armados con la caña de la locura aparente de Dios. No debemos avergonzarnos, sino por el contrario gloriarnos, á ejemplo de S. Pablo, de ser mirados por amor de Jesucristo como locos, como hombres débiles. (*I. Cor.* 4.) El destino del justo en la tierra es ser ridiculizado por el mundo á causa de su simplicidad. (1) Pues bien nosotros, súbditos de un rey, que lleva en sus manos el emblema de la debilidad, debemos cuidarnos poco de tales burlas y de tales censuras. Que el mundo nos desprecie todo cuanto quiera, por causa de nuestra fe, y por nuestras obras de piedad; que diga que el defecto de luces y la falta de fuerza y de valor nos tiene bajo el imperio de las preocupaciones; que se ria de la delicadeza de nuestra conciencia, de la austeridad de nuestras costumbres, de la modestia de nuestras miradas, y de la gravedad de nuestros discursos; que nos confunda entre la turba de necios, y nos llame, si quiere, personas toscas, insensibles, escrupulosas é hipócritas; que nos reconvenga por nuestro espíritu de retiro y nuestro aislamiento del siglo profano; que nos trate como insensatos porque hacemos á la humildad y á la mortificacion de la cruz el sacrificio de la hermosura, de la juventud, de la fortuna, de todas las delicias sensuales y de todas las comodidades de la vida; que nos desprecie en fin, como frágiles cañas: en cuanto á nosotros, no debemos avergonzarnos de nuestras virtudes delante de los hombres que no saben avergonzarnos de sus desórdenes; debemos hacernos superiores á estas injustas censuras, y repetir con S. Pablo: « ¿Que me importa el mundo y sus juicios? Dios ve mi corazon. Dios es el que debe decidir sobre mi eterno destino, yo no temo mas que sus juicios. » (*I. Cor.* 4.) A vista de esta santa fortaleza, ¿quién no reconoce en ella la verdadera fuerza de espíritu, la elevacion y la nobleza de sentimientos, la grandeza de un alma libre, y esa independencia de corazon que la verdadera religion inspira? *Ubi spiritus Domini, ibi libertas.* (II. Cor. 3.) Por esto es por lo que

(1) Deridetur justi simplicitas. (*Job.* 12.)

vosotros, cristianos sinceros, á quienes mira el mundo como cañas frágiles y despreciables, sois verdaderamente fuertes columnas, y vuestra simplicidad, que nace de Dios y que el mundo trata de locura, es la obra maestra de sabiduría entre los hombres: *Quod stultum est Dei, sapientius est hominibus* (I. Cor. 1.); en tanto que los partidarios del mundo, que aparentan ser espíritus fuertes y almas generosas, son en realidad hombres sin energía, espíritus cobardes y degradados, almas bajas, porque sacrifican cuanto el hombre tiene de mas noble y de mas independiente, el espíritu y el corazon, en los que solo Dios puede mandar. Sí, ellos sacrifican la fe, la religion, la piedad, el deber, el reposo de la conciencia, Dios, el alma y la eternidad al deseo de agradar al mundo, ó al temor de ofender á ciertos jóvenes libertinos, ó á ciertas mujeres sin pudor, cuya amistad es una deshonra y cuyas alabanzas son un verdadero vituperio. Sí, ellos sacrifican sus mas caros intereses y sus obligaciones mas importantes á los caprichos del mundo, á las bajas exigencias de los respetos humanos. Por consiguiente, mientras que parecen firmes columnas y árboles majestuosos, no son en realidad otra cosa que frágiles cañas, dignas de lástima y de desprecio, porque la sabiduria de este mundo es una locura á los ojos de Dios (1).

Finalmente, Jesucristo es insultado con homenajes fingidos y adoraciones burlescas; su soberanía es vilipendiada y su divinidad ridiculizada; y él sufre estos ultrajes con una calma inalterable, con una paciencia invencible. Así pues nosotros, súbditos de un rey cubierto de tantos oprobios y sin embargo tan pacífico, sujeto á tantos tormentos y sin embargo tan resignado, debemos reprimir en nuestro interior la sed devoradora de honores, de distinciones, de alabanzas y de títulos. Nosotros debemos ahogar en nuestros corazones el deseo ambicioso y desenfrenado de elevarnos sin méritos, de dominar á nuestros inferiores y de eclipsar á nuestros iguales. Nosotros debemos renunciar á ese espíritu de altanería que hace que no podamos sufrir ni perdonar, no solo las ofensas, sino ni aun los daños involuntarios que nos hacen nuestros hermanos.

Ved aquí, amados hermanos, las condiciones con que podemos ser reconocidos por verdadores súbditos de un rey pobre y afligido; ved aquí los tributos que él exige de nosotros, los homenajes que él agradece, y á los que dará sus recompensas eternas. Pongamos

(1) Sapientia hujus mundi carnis stultitia est apud Deum (*I. Cor.* 3.)

pues nuestras obras en armonía con nuestra fe. No nos contentemos con adorar á Jesucristo como Dios, con saludarle como rey con nuestras palabras; sino, por el contrario, representemos en nuestra conducta sus humillaciones y sus dolores, y Jesucristo nos recibirá, en el dia de nuestra muerte, en su reino, donde nos hará participar de sus consuelos y de su gloria. ¡Oh! entonces nosotros esclamaremos con verdad: El rey pacífico ha desplegado en mi favor la magnificencia de remuneraciones, que no pueden desplegar los reyes de la tierra, y yo podré contemplar con una felicidad eterna el rostro divino que escita los deseos y forma las delicias del universo: *Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terræ: cujus vultum desiderat universa terra.* Así sea.

CONFERENCIA VIGÉSIMA TERCERA.

La Sentencia de muerte de Jesucristo.

Captabunt in animam Justi, et sanguinem innocentem condemnabunt.

Los malvados se coligaron contra la vida del Justo, y condenaron la sangre inocente.

(Ps. 93.)

La verdad encuentra ordinariamente tres clases de enemigos en las personas que tienen la mision de defenderla : los unos la persiguen con furor, los otros la tratan con desprecio, y los otros en fin la sacrifican á su debilidad. Los primeros se mueven por el interés, los segundos por el orgullo, y los últimos por la política. Y aunque las causas sean diferentes, el efecto es sin embargo igualmente funesto ; es decir que la verdad encuentra mas perseguidores que mártires en los hombres que debieran defenderla, y que ella es inmolada con frecuencia por las manos de los mismos que debieran hacerla reinar.

Ved pues este triste destino de la verdad en la augusta persona de Jesucristo, que ha dicho de sí mismo que no solo es el maestro y el oráculo de la verdad, sino que tambien es el tipo visible de ella, ó mas bien que es la verdad subsistente y personificada : *Ego sum veritas*. Su causa se presentó en tres tribunales diferentes : en el de Caifás, en el de Herodes y en el de Pilatos. En todos ellos fué proclamada legal y públicamente la santidad y la inocencia de su vida. Y sin embargo el Hijo de Dios, la verdad por esencia, es perseguido en el Sanhedrin con una crueldad inaudita, es orgullosamente ridiculizado en la Corte, y cobardemente sacrificado en el Pretorio. Estos tribunales infames conspiran todos tres reunidos á cumplir esta profecía de David : Que hombres diversos, con un mismo objeto, aunque por diferentes causas, se coligarian contra la vida del Justo por escelencia ó del Mesías, y que condenarian ó harian derramar

la sangre reconocida por inocente y pura : *Captabunt in animam Justi, et sanguinem innocentem condemnabunt.*

Ya hemos visto como se cumplió este horrible misterio de iniquidad en el tribunal de Caifás y en el de Herodes ; dirijámonos hoy al tribunal de Pilatos. En él veremos como la sangre del Hijo de Dios es condenada cobardemente á ser derramada, y la vida de Jesucristo á ser sacrificada. Llenos de horror al ver la enorme injusticia con que los Judíos quitan la vida á Jesus por medio de sus calumnias, nos guardaremos bien de desgarrar la reputacion de nuestros prójimos con nuestras murmuraciones.

PRIMERA PARTE.

Es necesario convenir, dice S. Agustin, que Pilatos se valió de todos los medios posibles para librar al Salvador de las manos y del furor de los Judíos, á escepcion del medio único que podia producir efecto, es decir la firme resolucion de preferir la verdad á la política, y la justicia á los respetos humanos.

En efecto, despues de haber agotado inútilmente todos los recursos, hace el último esfuerzo. Toma á Jesus de la mano, y le conduce al balcon desde donde acostumbraba hablar al pueblo : Ved aquí, dice á los Judíos que estaban en tumulto, ved aquí yo os le presento por última vez, para que os acabeis de convencer de que yo no encuentro en él crímen alguno : *Exivit ergo iterum Pilatus foras, et dicit eis : Ecce adduco vobis eum foras, ut cognoscatis quia nullam invenio in eo causam.* ¡ Y en este mismo tiempo apareció en lo alto del palacio el Redentor !... Él tiene en su cabeza su horrible diadema de espinas ; el giron de púrpura con que le habian vestido por irrision cubre sus espaldas ; él tiene en sus manos una vil caña ; su rostro está todo acardenalado y manchado con las impuras salivas, y de todo su cuerpo, desgarrado por los azotes y acrivillado de heridas, corre la sangre en abundancia : *Exivit ergo Jesus, portans coronam spineam, et purpureum vestimentum.* ¿Qué corazones no se hubieran enternecido, qué bestias feroces no se hubieran amansado á vista de este espectáculo ? En efecto, la esperanza de ablandar aquellos duros corazones fué la que hizo á Pilatos, como dice S. Leon, presentar á Jesucristo ; él no dudaba que conmovidos con un espectáculo tan lastimoso aplacarian su furor y renunciarian al deseo cruel de ver morir al que contemplaban afligido con tantos males y abismado en un dolor tan profundo. Por esta razon, al

manifestarle al pueblo, esclamó con una gran voz : Ved aquí el hombre : *Ecce homo;* queriendo decir con estas palabras : Ved aquí el hombre cuya muerte solicitais con una obstinacion tan ciega y tan bárbara. ¿No estais todavía satisfechos? Ved el estado lastimoso á que le habeis reducido : *Ecce homo.*

En el dia de mañana esplicaremos, con el auxilio de Dios, el misterio de estas profundas palabras, el cual está enlazado con otros misterios. Por ahora observemos, para no interrumpir nuestro discurso, que en virtud de las órdenes de Pilatos fué el Salvador azotado y reducido á aquel estado tan miserable y tan doloroso. ¿Y no era una locura de su parte esperar que, cuando el juez se habia mostrado tan cruel, pudiesen los acusadores moverse á compasion? ¡Qué demencia la de suponer que podria desarmar la injusticia de los Judíos al presentarles el ejemplo de su propia crueldad, y de creer que contendria su ciego furor, despues de haber condescendido hasta aquel punto! ¡Qué locura la de creer, dice S. Leon, que el odio rebelde de los Judíos se estinguiria, cuando por el contrario se habia enardecido con el ejemplo de barbarie que Pilatos les habia dado cubriendo de heridas al Salvador del mundo; y que unos enemigos tan feroces dejarian de pedir la muerte de aquel á quien habian hecho sufrir tantos tormentos (1)! El pueblo, que no estaba poseido por las pasiones de sus jefes, pareció conmoverse á vista de la paciencia inalterable que Jesus mostraba bajo el peso de tantas ignominias y de tantos dolores; mas los pontífices, los magistrados y los fariseos, verdaderos perros rabiosos y ávidos de sangre, como los llama S. Juan Crisóstomo, se hicieron á vista de este espectáculo mas insolentes y mas bárbaros.

Al ver que el pueblo duda, se dan prisa, dice el Evangelista, á quitarle el tiempo para reflexionar, y á ahogar en él los movimientos de una compasion naciente; ellos se adelantan, y cubren su voz gritando ántes que todos con nuevo furor : Lejos de nosotros ese criminal; quitalo de nuestra vista; crucifícale, crucifícale : *Cum ergo vidissent eum Pontifices, et ministri, clamabant dicentes : Crucifige, crucifige eum.* No, responde Pilatos que no conocia bastante el odio de los Judíos, ni su propia debilidad, no, yo no me resolveré jamás á crucificar á un hombre á quien reconozco inocente; tomadle vosotros, si tenéis valor para ello, y crucificadle :

(1) Pertinax Judæorum malitia crescebat : in quem obtinebant jus illusionis, exigebant et mortis (*Serm. de Pass.*)

Accipite eum vos, et crucifigite : ego enim non invenio in eo causam. Él debe morir, replican con insolencia los Judíos, porque él se ha supuesto el Hijo de Dios, y segun nuestra ley un crimen como este merece la muerte : *Nos legem habemus, et secundum legem debet mori, quia filium Dei se fecit.* Sí, hombres ciegos, injustos y crueles, vosotros decis la verdad : segun vuestra ley, Jesus debe morir. Vuestra ley es la ley de Moisés, vuestra ley son las profecías y los salmos donde la muerte del Mesías en la cruz se encuentra anunciada claramente. Esta ley la hizo el mismo Jesucristo de acuerdo con su Padre. Él morirá pues; es mas, él debe absolutamente morir : *Debet mori,* porque es imposible que lo que él mismo hizo escribir en la ley, y lo que hizo anunciar por los profetas, no se cumpla. Él morirá, él debe morir, *Debet mori;* mas en virtud de sus decretos, emanados de su libre voluntad, y no en consecuencia de vuestro odio. Él morirá, y él debe morir, no porque se dice el Hijo de Dios, sino porque siendo verdaderamente Hijo de Dios, se hizo al mismo tiempo hijo del hombre para salvar á los hombres. Así pues mientras que vosotros blasfemais, hombres impíos, hablais como profetas. Vosotros anunciais este gran misterio : Jesucristo, porque es Dios y Salvador de los hombres, debe morir en la cruz, como ha sido anunciado, para dar la vida á los mismos que preparan su muerte : *Nos legem habemus, et secundum legem debet mori, quia filium Dei se fecit.*

Al oir esta nueva acusacion contra el Salvador : « Él se ha supuesto el Hijo de Dios, » ¡quién lo creyera! Pilatos, añade el mismo Evangelista, se llenó de un temor respetuoso : *Cum ergo audisset Pilatus hunc sermonem, magis timuit.* En efecto el silencio de Jesucristo, la sabiduría profunda de sus respuestas, el milagro evidente de su mansedumbre y de su paciencia, su aire de grandeza y de majestad, y aquel esplendor divino que brillaba siempre en su semblante, sugirieron á Pilatos la idea de que lo que echaban en cara los Judíos al Salvador como un crímen, era realmente una verdad; que aquel personaje tan estraordinario era verdaderamente el Hijo de Dios, y que por consiguiente él mismo se haría culpable de una impiedad enorme al pronunciar una sentencia de muerte contra un hombre que tenía por padre á Dios. Esta es la causa, dice el venerable Beda, por que tiembla Pilatos; esta es la causa por que se llena de espanto (1). ¡O grandeza, o gloria del Re-

(1) Non timuit quia legem audivit; sed magis timuit ne Filium Dei occideret. (*In Joan.*)

dentor! esclama San Atanasio; en la actitud misma de un criminal, hace temblar á su juez; y mientras que los Judíos exigen que Jesucristo sea condenado en virtud de su ley, Pilatos teme, al pronunciar esta inicua sentencia contra Jesus, pronunciar la suya propia, y esta sola idea le llena de horror (1).

Rasgo admirable del espíritu y del corazon de Pilatos, añade S. Cirilo, que es una figura de la docilidad con que los Gentiles recibirán la fe, cuando mas tarde oigan la voz de los apóstoles que les anuncie á Jesucristo. En el tribunal de Caifás, cuando Jesus se dió á conocer por Hijo de Dios, el gran sacerdote osó tratarle de blasfemo y sacrílego, y declararle digno de muerte; mas cuando Pilatos oye de boca de los Judíos que Jesucristo se habia dado á conocer por Hijo de Dios, se siente movido de inclinacion y respeto hacia él. Mientras que Caifás no ve en el Hijo de Dios mas que un hombre culpable de blasfemia, Pilatos divisa en este hombre, tratado de blasfemo, al Hijo de Dios capaz de inspirarle veneracion y temor (2).

Así pues, poseido Pilatos de esta agitacion interior vuelve á entrar en el pretorio con Jesus, y con un aire respetuoso y afable le pregunta: Díme por favor claramente: ¿de dónde eres? *Dixit ad Jesum: Unde es tu?* (Joan.) ¡O dichosa mudanza verificada en el espíritu de Pilatos! dice Eutimio. Él no pregunta ya al Salvador, como la primera vez: ¿De qué te acusan? ¿Cuáles son los crímenes que has cometido? sino que se limita á preguntarle: ¿De dónde eres? Con estas palabras queria decirle: ¿Perteneces á la tierra, ó desciendes del cielo? ¿Eres solamente hombre, ó eres acaso Dios? (*In Joan.*)

La revelacion teológica, clara y precisa de la divinidad de Jesucristo, no procede de la carne y de la sangre, ni de los cálculos ó conjeturas del hombre, sino de la gracia de Dios Padre, á quien únicamente pertenece revelar su Hijo á los hombres: *Caro et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in cœlis est* (Matth. 16). Este Padre celestial no la concede mas que á los pequeños y á los humildes que quieren aprovecharse de ella para la salvacion eterna, y la niega á la ciencia orgullosa que quiere hacer de ella el objeto

(1) Timuit Pilatus reum suum: et ipsemet suam in Christum quasi in se latam sententiam exhorruit. (*Serm. de Pass.*)

(2) Judæi crimen amplificabant, asserentes Christum peccase in Deum: Pilatus autem, magnitudine rei ad formidinem impulsus, putat Deum esse Christum, licet homo videatur. (*In Joan.*)

de una curiosidad vana y estéril. Pues bien, Pilatos se encontraba desgraciadamente en esta última disposicion. Además el Señor le habia hablado ya muchas veces, pero sin utilidad alguna. Por consiguiente, haciéndole oir de nuevo su voz no le hubiera hecho mas celoso ni mas fuerte para sostener la justicia, ni menos débil, ni menos cobarde para sacrificar la inocencia á los respetos humanos. Y supuesto que la gracia, despues de haber llamado largo tiempo en vano, acaba por guardar silencio, Jesus por los motivos dichos no dió respuesta alguna á la pregunta de Pilatos: *Jesus autem responsum non dedit* (Joan.).

La especie de temor respetuoso que Pilatos habia concebido respecto á Jesucristo, era uno de esos movimientos pasajeros de terror que de tiempo en tiempo se apoderan de los pecadores, los sacan del sueño en que sus pecados los tienen sumergidos, y les hacen abrir los ojos al peligro de la condenacion eterna que les espera; pero bien pronto, abrumados bajo el peso de la costumbre, vuelven á caer en su funesto letargo, y se encuentran de nuevo colocados bajo el imperio de sus errores y de sus pasiones. De este modo Pilatos, despues de haber tributado un homenaje momentáneo á la divinidad del Salvador, vuelve á sus preocupaciones y no le considera mas que como un hombre. Y como no hay cosa mas irritable que el orgullo, Pilatos se ofende del silencio que Jesucristo guarda para castigarle; él deja de hablarle con el respeto que ántes, y con un tono altanero le dice: ¿Quién eres tú para no querer responderme? ¿Ignoras quién soy yo? ¿No sabes que tu vida y tu muerte están en mi mano? *Mihi non loqueris? Nescis quia potestatem habeo crucifigere te, et potestatem habeo dimittere te?* (Joan.)

¡O juez insensato! le dice S. Ambrosio; por esas palabras descubres tu injusticia y pronuncias tú mismo tu condenacion (1). Si es cierto, como te jactas de ello, que tienes el poder de absolver y de condenar, ¿por qué no has librado, por qué has hecho azotar al acusado cuya inocencia has reconocido y proclamado, y que sabes muy bien que no tiene otro crímen que el odio ajeno y su propia virtud?

Mas ¡ay! los que mas se vanaglorian de su autoridad son los que conocen menos el uso legítimo que deben hacer de ella, el Dios de quien la reciben, y la cuenta rigurosa que se les exijirá un dia. Los que mas se ensoberbecen de su poder son los que abusan de él mas

(1) Tua, Pilate, voce constrigeris; tua sententia damnaris. (*In Ps.* 118.)

fácilmente. Tal era el gobernador Pilatos, y el pomposo elogio que él hace de su poder en presencia de Jesucristo es el preludio del uso injusto que iba á hacer muy pronto de él.

La Sabiduría incarnada no creyó sin embargo que debia dejar pasar esta réplica sin revelar lo que tenia de insolente : ¿Qué decis, Pilatos ? le contesta Jesus. ¿ Por qué tanto orgullo en hacer vuestra autoridad superior á la mía ? Sabed que no tendriais poder alguno sobre mí, sino se os hubiera concedido de lo alto : *Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper* (Joan). ¡O bellas y majestuosas palabras de nuestro Salvador ! esclama en este lugar S. Cirilo. En la condicion de esclavo, habla como soberano. A la autoridad de Pilatos opone la suya propia, y reprime el orgullo insensato del hombre que se envanece delante de Dios de la autoridad que ha recibido prestada de este mismo Dios (1).

Ademas, las palabras de Pilatos parecian indicar que Jesus iba á morir por la voluntad ó el capricho del representante del César, lo cual destruia la libertad del sacrificio del Salvador. Pues bien, en esta ocasion no quiso Jesucristo dejar de manifestar la importante verdad de que : él se ofrecia á la muerte por su voluntad, sin ser obligado á ello por ninguna fuerza esterior. Por consiguiente, el sentido de su respuesta, segun Teofilacto, era este : ¿De qué os vanagloriais ? Vos nada podriais sobre mí si mi Padre no me hubiera sometido á vuestro juicio, y yo mismo no hubiese aceptado este juicio de mi propia voluntad. Vos creeis ser el árbitro, y no sois mas que un instrumento ciego elegido por mi Padre para el cumplimiento de los designios que ha formado sobre mí (2).

Sin embargo, observa Eutimio, á fin de que Pilatos no se hiciese ilusion hasta el punto de no creerse culpable de injusticia por haber sometido á Jesucristo á los azotes, y por querer condenarle á muerte (*In Joan.*), el Salvador añade : Sabed sin embargo, o Pilatos, que el pecado del que me ha entregado á vos es mucho mas enorme que el vuestro : *Propterea qui me tradidit tibi majus peccatum habet.* (Joan.) Y en estas pocas palabras, dice S. Agustin, descubre Jesus á Pilatos el horrible atentado que cometió Judas al entregarle á los Judíos, y los Judíos al entregarle á los Gentiles ; pero es necesario conocer al mismo tiempo que Pilatos tampoco es inocente,

(1) Quoniam Pilatus potestatem jactabat, opponit Christus potestatem suam, ejusque fastum adversus Dei gloriam tumentem deprimit. (*In Joan.*)

(2) Datum desuper dicit, id est : nisi meipsum præberem et Pater concederet, non haberes potestatem in me. (*In Joan.*)

y que si su crimen, triste fruto de la timidez y de la debilidad, era menos grave que el de Judas y de los Judíos, que habia sido sugerido por la avaricia, el odio y la envidia, no por eso era menos positivo, y que él debia, como aquellos, ser castigado por las venganzas celestiales (1).

Pilatos sintió toda la fuerza de esta reconvencion, y comprendió que esta amenaza hecha con la dulzura de un amigo y la majestad de un soberano, era inspirada por la equidad y estaba llena de sabiduría. Desde entonces, *exinde*, ó como la esplica S. Agustin, para no esponerse á cometer el pecado enorme de hacer morir á un inocente, llevado á su tribunal por un odio injusto, trató Pilatos de buscar otro medio para poner al Salvador en liberdad : *Et exinde quærebat Pilatus dimittere eum.* (Joan.)

Mas la infame malicia de los Judíos conoció bien pronto las nuevas disposiciones del presidente en favor de la compasion y la justicia, y volvieron á comenzar el tumulto y los gritos, diciendo : Sabed, Pilatos, que si dais libertad á este hombre, será para nosotros una prueba de que no sois amigo ni representante del César, sino su enemigo y su rival ; porque todo el que se hace rey, como este, se declara contra el César ; y todo el que proteje á un rebelde, se muestra tambien rebelde al César : *Judæi autem clamabant dicentes : Si hunc dimittis, non es amicus Cæsaris : omnis enim, qui se regem facit, contradicit Cæsari.* (Ibid.)

Así pues los sacerdotes y los magistrados judíos principiaron por condenar al Salvador en su Sanhedrin como culpable de blasfemia ; ellos le acusaron en seguida de rebelion en el tribunal de Pilatos ; despues, renunciando á acusarle de alta traicion, le inculparon de nuevo como blasfemo y como usurpador sacrílego de la divinidad ; y ahora, dejando á un lado el crimen contra la religion, renuevan contra él la acusacion de crímen de estado. Por la variacion de estos testimonios, que se destruyen al mismo tiempo que se suceden, manifiestan ellos que sus acusaciones no tienen fundamento alguno, y que en esta causa no hay nada evidente y cierto mas que la debilidad del juez y el furor infernal de los acusadores.

Por otra parte, ¡o celo hipócrita y afectado ! ¡o apariencia de fidelidad en unos hombres que violan la justicia ! En tanto que estos acusadores injustos se muestran tan celosos de los derechos del Cé-

(1) Dixit : Majus peccatum habet, ut Pilatus etiam se habere intelligeret, illi invidendo, iste timendo. (*Tract.* 116. *in Joan.*)

sar, desprecian altamente la ley de Dios; estos criminales pretendian intimidar á Pilatos por consideraciones de política, porque le habian encontrado indiferente respecto á los intereses de la religion; ellos le amenazan con la desgracia del César, porque conocen que no teme la desgracia de Dios cuando se manifiesta dispuesto á absolver á un blasfemo. Pero lejos de intimidarse Pilatos por estas amenazas y de mirar al Salvador como culpable por haberse llamado rey de los Judíos, desde su tribunal, proclama él mismo solemnemente la soberanía de Jesus, diciendo al pueblo: « Continuad, si os parece, en vuestros clamores; no por eso es menos cierto que el que vosotros acusais de haber supuesto su soberanía es vuestro rey legítimo: *Sedit pro tribunali, et dixit Judæis: Ecce rex vester.* (Joan.) Palabras profundas y misteriosas, á las que me reservo dar en el dia de mañana una esplicacion mas estensa. »

A esta declaracion inesperada de Pilatos, los Judíos no fueron ya dueños de contener su furor; ellos se creyeron mas que burlados, ellos se consideraron insultados; y lanzando todos á la vez un grito inmenso de ferocidad, exclamaron: ¡Haced desaparecer al momento ese monstruo! ¡matadle! ¡crucificadle! *Illi autem clamabant: Tolle, tolle, crucifige eum.* (Joan.) Y sin embargo, Pilatos replica: Jesus es vuestro rey; ¿y me exigis que crucifique á vuestro rey? *Dixit eis Pilatus: Regem vestrum crucifigam?* (Ibid.) Mas furiosos, mas envenenados que nunca responden los Judíos: ¿Qué rey es ese? ¿de qué rey nos hablais? nosotros no reconocemos mas rey que el César, él solo es nuestro legítimo soberano: *Responderunt pontifices, non habemus regem nisi Cæsarem.*

¡O ceguedad! ¡o blasfemia! El Mesías prometido á los Judíos debia tener, segun las profecías, el título de rey de los Judíos. Aun cuando su soberanía debia ser de una naturaleza diferente de la de los otros monarcas, sin embargo los Judíos le esperaban y le esperan todavía como rey. Menos culpables hubieran sido sin duda si hubiesen respondido á Pilatos: « El que vos nos presentais como nuestro rey y como el Mesías, no tiene los caractéres ni los títulos legítimos que puedan hacérnosle reconocer por tal; por esta razon no queremos oir hablar de él, y hasta tanto que nuestro rey y nuestro Mesías aparezca entre nosotros no obedeceremos mas que al César. » Pero decir en un sentido general y absoluto: Nosotros no queremos reconocer mas soberano que el César, era escluir, no solo cualquier otro rey contemporáneo, sino tambien cualquier otro monarca futuro; era repudiar de una manera esplícita aun al mismo Rey-Mesías, el rey que les habia sido prometido de la raza de Abrahan, de la casa de David, y entregarse para siempre en manos de un rey gentil, de un rey estrangero, enemigo de su ley y de su nacion; era desechar el reino y los beneficios del Mediador, del Redentor y del Autor de la salvacion eterna; era finalmente abandonar el punto capital de su fe y abjurar la verdadera religion.

Pues bien, una impiedad tan grande sufrirá su justo castigo; Dios concederá á los Judíos lo que han pedido; ellos tendrán el soberano que han elegido. Por haber preferido su dominacion á la de Jesucirsto; por haber preferido el reinado del hombre al de Dios, ellos tendrán, en lugar del Rey-Mesías que debia salvarles, el rey tirano, el César que han invocado; ellos tendrán á Vespesiano, que vendrá á degollarlos, á dispersarlos y á destruirlos.

Mas en tanto que Pilatos, sentado en su tribunal, continúa discutiendo con los Judíos, su esposa le envia á decir con uno de sus domésticos: « Guárdate en tomar parte en la condenacion de este justo; porque no puedes imaginar los sueños espantosos y las visiones terribles que me han llenado hoy de horror por su causa: *Nihil tibi, et justo illi, multa enim passa sum hodie per visum propter eum.* (Matth.) ¡O prodigio de la gracia y de la revelacion divina! esclama Rábano Mauro; la mujer de un pagano, idólatra tambien, conoce y cree por el solo aviso de un sueño lo que los Judíos en el pleno ejercicio de sus facultades intelectuales no quieren creer ni comprender. (*In Matth.*) Y en tanto que los Judíos, como observa San Juan Crisóstomo, lanzan furiosos gritos, y vomitan horribles blasfemias contra el Hijo de Dios á quien acusan de malhechor, una mujer pagana les da públicamente el mas solemne mentís, confesando, desde el tribunal del gobernador, que Jesus es inocente y justo. (*Homil. in Parasc.*) O mujer afortunada, digna de haberse hecho cristiana poco despues, y de haber adquirido la santidad; porque tal vez es ella aquella Claudia Prócula, discípula de S. Pablo, de quien este apóstol hace mencion en su epístola á Timoteo, y que tuvo tambien la dicha, como es creible, segun el testimonio de Tertuliano y de S. Agustin, de convertir á Pilatos, su esposo, á la fe de Jesucristo.

¡Bajo qué aspecto tan consolador se nos presenta este misterio! Él nos anuncia, dice S. Agustin, que los tiempos se han mudado, que la luz comienza á brillar en medio de la noche, y que la gracia se muestra mas abundante que el pecado. En la época de la creacion, la mujer indujo al hombre á la desobediencia, á la blasfemia y á la

muerte; mas en el dia de la Redencion la mujer volvió al hombre á la verdad, á la salvacion y á la vida. (121. *de Temp.*) La esposa de Pilatos, añade San Hilario, es ya el tipo viviente y profético de la Iglesia de los Gentiles que, hecha cristiana, irá bien pronto á convertir al Cristianismo los pueblos incrédulos, en medio de los cuales se eleva. (*In Matth.*)

El testimonio de Prócula hace desde ahora una impresion profunda en el espíritu de Pilatos; porque su esposa ha confesado públicamente que Jesucristo es el justo, y Pilatos repitirá bien pronto estas palabras proclamando á Jesucristo el justo por escelencia, como veremos despues. Así pues, un hombre y una mujer, nacidos los dos en el seno del gentilismo, hablando en esta ocasion en nombre de todos los hombres y de todas las mujeres del pueblo gentil, son, dice S. Gerónimo, los primeros profetas y los primeros evangelistas que anuncian la santidad y la justicia del Salvador. (*In Matth.*)

En efecto, los Judíos habian empleado inútilmente las calumnias, las acusaciones, los clamores y las amenazas para arrancar á Pilatos la condenacion de Jesus; ahora recurren á una conmocion popular; y esos hombres que, afectando un celo hipócrita por el órden público, habian acusado y querian hacer morir al Salvador como sedicioso, organizan ellos mismos una sedicion pronta á estallar, si Pilatos no cede á sus exigencias. Fácil hubiera sido prevenir y reprimir esta sedicion en su principio, cuando todavía no se habia seducido al pueblo, ni encendido su odio; pero al presente no era ya tan fácil apagar un incendio que la debilidad culpable del juez habia dejado progresar. Pilatos en su timidez, no encuentra nada que oponer á este último argumento, á este peligro de una insurreccion general, inminente y cierta: *Videns autem Pilatus quia nihil proficeret, sed magis tumultus fieret.* (Matth.) Conociendo por otra parte el carácter de los Judíos, naturalmente inclinados á las revueltas, y sabiendo que obedecian con disgusto á los Romanos, y que entonces se hallaban dispuestos á sacudir violentamente el yugo, retrocede ante la inmensa responsabilidad que pesaria sobre él si esponia al César á perder un reino por no consentir en sacrificar á un hombre, y se confiesa vencido: *Pilatus autem volens populo satisfacere dimisit illis Barabbam, et tradidit Jesum flagellis cæsum, ut crucifigeretur.* (Marc.) *Pilatus adjudicavit fieri petitiones eorum.* (Luc.); suscribe la sentencia de muerte de aquel cuya inocencia habia reconocido y proclamado, y entrega á Jesus

á los soldados para que sea crucificado: *Et tradidit eis Jesum ut crucifigeretur.* (Matth.) ¡ O debilidad! ¡ o injusticia! Así debia cumplirse esta profecía: La vida del justo será sacrificada de una manera inícua, y la sangre inocente será injustamente condenada: *Captabunt in animam justi, et sanguinem innocentem condemnabunt.*

A pesar de esto, para hacer mas auténtico y mas solemne el cumplimiento literal de esta profecía, al entregar Pilatos á Jesus para ser conducido á la muerte, pratica una ceremonia misteriosa y absolutamente nueva en los anales de la justicia; haciendo que le llevasen agua al balcon donde se hallaba, se lava las manos en presencia del pueblo, y esclama con una voz sonora: Sabed, o Judíos, que yo me me declaro inocente de la sangre de este *justo;* esto os pertenece á vosotros, y vosotros responderéis un dia de la iniquidad que cometeis: *Accepta aqua, lavit manus coram populo, dicens: Innocens ego sum à sanguine justi hujus: vos videritis.* (Matth.) Indudablemente, dice un padre dirigiéndose á Pilatos, los Judíos responderán un dia ante la justicia de Dios por haber provocado la muerte de Jesucristo por un sentimiento de injusto furor; pero tú tambien, Pilatos, tú tambien tendrás que responder de haber cooperado, con una debilidad inescusable, á un atentado tan enorme. Tú te lavas las manos, mas no puedes lavarte el corazon del crímen que has cometido al consentir que se sacrifique una persona cuya inocencia habias proclamado tú mismo. (*D. Paschas.*) ¡ Desventurado Pilatos! añade S. Leon; en tanto que procura justificarse, se degrada y confiesa su propia culpabilidad; él purifica sus manos, pero esta accion prueba por sí misma que su corazon está manchado, que sus labios están profanados, que él pronuncia una sentencia de muerte contra un justo, y comete un crímen de que él mismo se declara inocente (1). Este es el error de todos los que se abandonan al pecado, concluye S. Buenaventura, cuando creen que Dios debe juzgar sus faltas como las juzgan ellos mismos; cuando se imaginan que una accion vergonzosa, porque no es grave á sus ojos, tampoco lo es á los de Dios, y que ellos no son culpables, porque en su demencia se absuelven á sí mismos. (*De Prov. Relig.* 28.)

¿Cómo es posible no admirar, al lado de la insistencia infernal

(1) Lotis manibus, ore polluto, iisdem labiis Jesum misit ad crucem quibus pronunciaverat innocentem. (*Serm. II de Pass.*)

con que los Judíos, escitados por el demonio, procuran hacer pasar á Jesucristo por culpable, la constancia celestial que Dios inspira sin duda á Pilatos en hacer proclamar su inocencia? Diez veces ha declarado que no encuentra en él crímen alguno, que ni aun puede echarle en cara la mas leve falta; mas este testimonio verbal no le satisface, sino que quiere dar otro mas sensible, el mas poderoso, y el mas solemne de todos, lavándose las manos á presencia de todo el pueblo reunido; pues por esta ceremonia singular, que ningun juez habia practicado jamás, y que debia, por su misma novedad, producir la mas profunda impresion en el espíritu de todos los espectadores, testificó Pilatos de la manera mas viva y mas solemne la injusticia de los Judíos, su propia debilidad y la inocencia del Salvador. Él hizo esta inocencia palpable en cierta manera; él la hizo ver aun á aquellos mismos que no habian podido oir sus palabras y dejó á todos los pueblos y á todos los siglos una memoria eterna de ella; este es un monumento mas durable que el bronce y ninguna cosa es capaz de destruirlo. En efecto, estas palabras: *Yo labo mis manos*, pasando desde este momento á todas las naciones y á todas las lenguas, cuantas veces se repiten, recuerdan necesariamente esta accion de Pilatos y la inocencia del Salvador.

¡Qué espectáculo tan bello para la fe el de ver á Jesus declarado inocente, con una solemnidad tan estraordinaria y tan imponente, por boca del mismo juez que le condena á muerte y en el acto mismo de condenarle! Este acontecimiento, único y maravilloso, nos prueba que la persona, que es objeto de él, es en sí misma un ser maravilloso y único. Todas estas declaraciones, todas estas pruebas tan multiplicadas y tan públicas de la santidad del Mesías eran necesarias para refutar las calumnias futuras de los herejes y de los incrédulos, para quitar á la muerte de Jesus el escándalo, para alejar y hacer imposible la sospecha de que su castigo fué merecido y probar que su muerte fué un sacrificio puro y voluntario. ¡O sabiduría, o poder de mi Dios, cuán visible os mostrais en todas las cosas! Vos solo, gran Dios, podiais inspirar al juez ese nuevo valor de eternizar él mismo la memoria de su injusticia y de la inocencia de vuestro Hijo, vos solo podiais preparar el encadenamiento de todas estas circunstancias, esta complicacion de hechos estraordinarios y contradictorios, pero que se armonizan tambien en la muerte del Redentor, que le justifican sin librarle, que rinden homenaje á su santidad sin impedir su sacrificio, y que cumplen la profecía:

Captabunt in animam Justi, et sanguinem innocentem condemnabunt.

¡O misterioso contraste! dice Orígenes. Mientras que Pilatos protesta con todas sus fuerzas que él está inocente de la sangre de Jesucristo que se va á derramar, los Judíos redoblan sus esfuerzos para hacerse culpables de ella, y atraer sobre sí toda la iniquidad y toda la venganza. En efecto, no habia acabado Pilatos de pronunciar estas palabras justificativas: « Yo estoy inocente de la sangre de este justo; vosotros sois los que responderéis de ella, » cuando el pueblo todo entero, dando un grito unánime, esclama: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos: *Et respondens universus populus, dixit: Sanguis ejus super nos, et super filios nostros.* (Matth.)

¡Peticion criminal! ¡imprecacion impía y horrible! pues que estas palabras podian entenderse así: Nosotros responderemos voluntariamente de esa sangre que vos llamais la sangre del justo. Nosotros consentimos, si es que debe ser vengada, en que la venganza caiga toda entera sobre nuestra cabeza y las de nuestros hijos. Si es un crímen derramar esta sangre, nosotros queremos que este crímen sea nuestro, nosotros lo aceptamos, y lo aceptamos como nuestro, nosotros cargamos con toda su responsabilidad y su odiosidad; y con tal que sea derramada, estamos dispuestos á que el castigo pese sobre nosotros, sobre nuestras familias y sobre toda nuestra posteridad: *Sanguis ejus super nos et super filios nostros.*

¡Impíos! sucederá lo que quereis. ¡Ay! esta imprecacion infernal tendrá un eco terrible en toda la tierra, este deseo sacrílego será satisfecho. La única parte que pedis de esta sangre es el placer cruel de derramarla; esta parte os será concedida. Esta sangre divina caerá sobre vosotros, pero será para perderos en vez de salvaros. Tambien caerá, segun vuestras imprecaciones, sobre vuestros hijos, que por muchos siglos se verán envueltos en vuestro crímen y en vuestra maldicion. Ella imprimirá en su frente la marca del deshonor y de la infamia, de modo que, sin nacion propia, diseminados y fugitivos por toda la tierra como Caín, serán aborrecidos de Dios y de los hombres. A vista de vuestros descendientes, cómplices de vuestra apostasía y de vuestra impiedad, todos los pueblos de la tierra se llenarán de horror y de desprecio para con ellos; volverán sus ojos para no verlos, porque leerán escrita en su rostro con caractéres de sangre esta palabra indeleble: *Deicida.*

Por nuestra parte, amados hermanos, convirtamos el insulto en

homenaje, la imprecacion en súplica, y digamos á nuestro Salvador, con los sentimientos de una humilde piedad y de una viva confianza : Señor, haced que vuestra sangre preciosa descienda sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Derramadla en nuestro espíritu para ilustrarlo, en nuestro corazon para convertirlo, en nuestra carne para purificarla, en nuestras familias para santificarlas y en nuestras casas para protejerlas. Haced que esta sangre divina nos libre de los castigos temporales y eternos que hemos merecido por nuestras culpas, como en otro tiempo la sangre del cordero, con que fueron marcadas las casas de los Israelitas in Egipto, las salvó de la cólera del ángel esterminador : *Sanguis tuus super nos et super filios nostros*. Haced que sea nuestra santificacion, nuestra defensa y nuestro consuelo en la tierra, á fin de que podamos repetiros un dia en los cielos este himno de reconocimiento : Os damos gracias, o Dios de infinita bondad, por haberos dignado redimirnos con vuestra sangre, dándonos de ese modo un derecho sagrado á vuestro reino celestial : *Redemisti nos, Domine, in sanguine tuo, et fecisti nos Deo nostro regnum*.

SEGUNDA PARTE.

Ya hemos visto que la sentencia de muerte, pronunciada contra Jesucristo, lejos de haber sido un acto de justicia, fué una iniquidad atroz. Hemos visto que el tribunal de Pilatos, por la debilidad del juez y por la malicia, el odio, las mentiras, las calumnias y el poder de los acusadores, fué una verdadera conspiracion de criminales con el solo objeto de quitar la vida al justo, y de derramar una sangre pura é inocente.

Pero ¡ ay! estos tribunales pérfidos, en los que se decreta la ruina de la inocencia, inundan hoy mas que nunca el mundo cristiano. En efecto, además de la vida natural que consiste en la union del alma con el cuerpo, y que el homicida quita á sus semejantes, cada uno de nosotros tiene tambien una vida moral y civil que consiste en la posesion del buen nombre; y las armas con que nos quita esta vida son la murmuracion y la calumnia. Por esta razon dice la Escritura de los calumniadores y de los murmuradores : Que sus dientes son mas mortíferos que flechas, y sus lenguas mas agudas que espadas (*Ps.*); si ellas no hieren el pecho, atraviesan el alma, y sino derraman la sangre del cuerpo, hacen en el corazon heridas incurables.

¡ Ay ! ¿qué dolor hay mas agudo ni mas punzante que el que esperimenta el hombre al verse desgarrar por una lengua pérfida? No basta, o murmuradores, decir que sois ladrones inhumanos, supuesto que arrebatais á vuestro hermano el patrimonio mas rico, el tesoro mas precioso, lo que hay de mas apreciable en el mundo, es decir, la reputacion, que los hombres estiman mas que todas las riquezas. Es necesario llamaros tambien homicidas y asesinos, supuesto que quitais á vuestro prójimo la vida civil, infinitamente preferible á la vida corporal; así es que S. Pablo decia : Yo quiero mas bien morir, que ser difamado (1).

Las reuniones mas escogidas, compuestas de los mas notable de la sociedad, desde el momento en que se desgarra sin piedad y sin miramiento la reputacion del prójimo, son verdaderos tribunales semejantes al de Pilatos. Porque las mujeres, sea calquiera su rango y distincion, y los hombres, por muy buenos que sean sus modales, ocultan sin embargo, bajo la máscara de la cultura y de la gracia, un corazon vacío de caridad y lleno de odio secreto. Todos acusan como falsos testigos, y como jueces inícuos condenan á muerte civil; todos se apresuran á infamar á sus hermanos justos é inocentes, generalmente con los crímenes de que ellos mismos son culpables.

¿Y es acaso raro este pecado de la murmuracion? ¿Nó se ha hecho por el contrario, valiéndome de una espresion de los libros santos, tan comun como el pan? En efecto, si es cierto que, sea cualquiera la esquisita variedad de manjares que cubren hoy dia nuestras mesas, jamás falta en ellas el pan, no lo es menos que, sean cualquiera los asuntos diversos que alimenten la conversacion en nuestras reuniones, y aun cuando se pase revista á todos ellos, religion, política, filosofía, literatura, bellas artes, y sobre todo modas, teatros é intrigas criminales, la murmuracion jamás falta en ellas. Ella es el alimento de todos los círculos, la conversacion obligada de todas las sociedades, el desahogo necesario de todas las personas aun las mas sábias, de modo que la conversacion en el dia de hoy es insípida sino va mezclada con el pan de la murmuracion : *Qui devorant plebem meam sicut escam panis.* E uno, por una ciega envidia, atribuye á la inocencia los defectos mas horribles, como hicieron los fariseos con el Salvador; el otro, imi-

(1) Bonum est mihi magis mori quam ut gloriam meam quis evacuet. (*I. Cor.* 9.)

tando la conducta de Jezabel para con Nabot, pone en duda la religion de las personas mas cristianas, á fin de usurpar sus cargos; este, movido por un ambicioso desden, se esfuerza en hacer sospechosa la fidelidad de los súbditos mas leales, como hizo en otro tiempo Aman con Mardoqueo; aquel, irritado de haber encontrado en la virtud una resistencia inesperada, se venga bajamente presentando como infieles á sus deberes las madres de familia mas respetables, imitando así la conducta de los viejos con Susana. Y si eso que se llama *calumnia* es menos frecuente, ¿no es comun y ordinario ese prurito de descubrir un defecto secreto del prójimo, lo cual se llama murmurar por *revelacion?* ¿No sucede con frecuencia que se comenta un defecto real del prójimo, que se aumenta y se exagera hasta el punto de dar á una paja las dimensiones de una viga, que se llama murmurar por *exageracion?* ¿No es comun suponer intenciones malas á las acciones mas santas ó mas indiferentes; hacer pasar por ficcion la piedad de esta jóven; por hipocresía la religion de aquel hombre; las obras de esta persona caritativa por vanidad; atribuir el celo de un eclesiástico á ambicion; la vida retirada de un religioso á orgullo; los actos de un subalterno á adulacion; las invitaciones cordiales á miras interesadas; las visitas de política ó de deber á intrigas criminales, y las conversaciones afables á artificios de seduccion, lo cual se llama murmurar por *interpretacion?* ¿No vemos que muchas veces se confirma por el silencio, se alienta con la sonrisa, y se aprueba con las miradas la murmuracion de otros, lo cual se llama murmurar por *connivencia?* Finalmente, ¿no es el vicio ordinario de muchos cristianos el de manifestar estimacion, reconocimiento y aun amistad á la persona que se quiere desacreditar, recordar alguna de sus virtudes para hacer creer sus vicios, y principiar por el elogio á fin de hacer recibir mejor la censura, lo cual se llama murmurar por *traicion?*

¡Oh! entre los cristianos de nuestros dias, ¡cuántos Fariseos crueles, cuántos Pilatos injustos se complacen en herir cruelmente la reputacion y en causar de una manera irreparable la muerte civil del prójimo!

Pero sabed, vosotros los que os dejais desgraciadamente arrastrar por la murmuracion, que la equidad os obliga á restituir la honra al prójimo, del mismo modo que os impone la obligacion de volver unos bienes que no os pertenecen; y que este deber es tanto mas rigoroso cuanto que la reputacion es superior á los bienes temporales. El hombre perdona mas fácilmente al que le ha despojado de

su tesoro que al que le ha arrebatado su honor. Y ved aquí por que no hay salvacion para el calumniador ni el murmurador si no se desmienten á sí mismos. Y bien, ¿quién es el que cumple esta obligacion tan natural, tan necesaria y tan rigorosa? Se murmura y se calumnia á todas horas y en todos los lugares; pero, ¿quiénes son los que se retractan de sus calumnias y sus murmuraciones? ¡Ay! son innumerables las almas que se pierden por este pecado, porque este pecado, tan fácil de cometer y tan difícil de reparar, es el que Dios perdona menos; porque la Escritura proclama que los calumniadores son los enemigos de Dios (1). Pensad tambien, hermanos mios, que ninguna cosa nos causa una afliccion ni un dolor mas sensible que cuando la murmuracion descubre nuestros defectos ocultos ó los exagera, ó cuando la calumnia nos atribuye los que no tenemos. Guardémonos pues de hacer á los demás un ultraje que nosotros mismos sufriríamos tan difícilmente, la caridad mas agradable á Dios y mas útil á nuestro prójimo consiste, no en reparar los daños materiales hechos á nuestro hermano, sino en defender su reputacion. Practiquemos con los demás esta caridad sublime que quisiéramos ver practicar con nosotros mismos. Ocultemos las faltas del prójimo con la prudencia del secreto, escusémoslas con el celo de la caridad, y Dios observará con nosotros la misma conducta; él ocultará, él olvidará, él nos perdonará nuestras faltas en su tierna misericordia, supuesto que Jesucristo ha hecho en su Evangelio el juramento solemne de que Dios nos tratará de la manera que nosotros hayamos tratado á los demás: *Eadem mensura, qua mensi fueritis, remetietur et vobis.* (Matth.)

(1) Detractores Deo odibiles. (*Rom.* 1.)